

## A PEREAT!: UN PROPERCIO AIRADO

Pere-Lluís Cano

Universitat Autònoma de Barcelona

---

### ABSTRACT

*All along Propertius' works the expression A pereat! appears in context with some topics themes which seems to make him feel extremely jealous: passiveness, places of meeting, the sea and long travels, closed doors, abstinence, rites, wine and war.*

---

No es fácil saber de la vida de Propercio ni de su forma de ser. Las alusiones no infrecuentes que él mismo se dedica tienden a crear un personaje literario tan apasionante como el de Cintia, mas también igualmente difícil de enmarcar con visos de realidad. Este misterio alrededor de su persona y la consiguiente búsqueda de una apariencia biográfica pudieron llegar a condicionar algunos de los dudosos trabajos que se le dedican en el siglo XIX<sup>1</sup>. Los datos concretos son realmente oscuros y las referencias ajenas inciertas. La tentación de interpretar indicios poco fiables es intensa y el resultado de los trabajos, aun rigurosos, resulta ciertamente vago. Basta hojear la introducción de una u otra ediciones más o menos recientes y comparar el esfuerzo aplicado con la escasez de información no subjetiva.

Su carácter íntimo no queda mucho más claro, aunque, en este caso, la especulación resulta fructífera en cuanto colabora a penetrar más a fondo en su poesía, cuya lectura se ve enriquecida con cada pequeña observación de los estudiosos, aun cuando muchas veces se roce las fronteras de la especulación intelectual, el espejismo de lo «ben trovato». Incluso el texto debe aceptarse a partir de documentos bastante recientes y no muy abundantes<sup>2</sup>.

Si nos ceñimos, en fin, a lo seguro, pronto acabamos<sup>3</sup>. No obstante, si nos dejamos llevar por lo subjetivo de la interpretación, si nos dejamos enlazar por lo que escribe el poeta, algo tan digno de fe o de desconfianza

<sup>1</sup> Cf. SULLIVAN, *Propertius, a critical introduction*, Cambridge University Press, 1976, p. 49 s.

<sup>2</sup> Cf. H.E. BUTLER y A.A. BARBER, *The Elegies of Propertius*. Ed. Georg Olms Verlag. Hildesheim New York, 1969, p. LXVII s.

<sup>3</sup> Cf. SULLIVAN, op. cit. p. 45 s.

como la seducción del texto poético, sabremos de su carácter apasionado o excéntrico, con rasgos de «...irony, indirection, humour, pathos»<sup>4</sup>. Y es que sólo queda el análisis, cuando no el psicoanálisis de su obra. Así, para el profesor Sullivan, Propercio responde positivamente a las características de una patología descrita por Freud, cuya base sería la necesidad de dudar del ser amado, o que ella sea objetivamente provocadora de dudas, de celos. Estos celos son capaces de connotar el mayor grado de pasión<sup>5</sup>, quién sabe si en Propercio o en el personaje que gustara interpretar.

El profesor La Penna, por su parte, muestra una tendencia a la aceptación de los síntomas que Propercio mismo define con cierta frecuencia a partir del propio primer poema del monobiblos. «Il poeta non puo liberarsi del suo "servitium" perche è in uno stato de furor, di follia ed quindi incapace di "consilium"»<sup>6</sup>. En cualquier caso, todos los estudiosos, todos los lectores, notan la inestabilidad del carácter del poeta —o su personaje, decíamos— en sus notables y frecuentes altibajos eufóricos y depresivos. Valga observar, a modo de ejemplo, el poema I, 8A (sobre todo, 1/16) y 1,8B (27/46). Leemos que ella se va, o él se lo imagina:

Tunc igitur demens, nec te mea cura moratur? (1.8A.1)

Se trata de una explosión depresiva, seguida de nuevos exordios y exabruptos, cuya frecuencia estilística en la obra de Propercio observa ciertamente La Penna<sup>7</sup>. Pero el lector curioso hallará otros elementos paradigmáticos cuando siga la lectura del poema. Tras la serie de interrogaciones retóricas<sup>8</sup>, descubrirá una no menos larga serie de deprecaciones<sup>9</sup>, seguidas de conformismo, deseos de buena voluntad y una declaración final de resignación<sup>10</sup>.

Deja, pues, estallar su ira; reniega, se calma y expone su comprensión atormentada. Con tal despliegue de recursos persuasivos, imagina —o relata— su triunfo y estalla la euforia:

Hic erit! Hic iurata manet! rumpantur iniqui! (1.8B.1)

El exabrupto con que da fin al hexámetro es un buen ejemplo de cierta tendencia de Propercio a las deprecaciones breves de contenido variado

<sup>4</sup> Cf. SULLIVAN, op. cit. p. 60.

<sup>5</sup> Cf. SULLIVAN, op. cit. p. 91 s.

<sup>6</sup> Cf. LA PENNA, *L'integrazione difficile, un profilo di Propertio*. Piccola Biblioteca Einaudi. Torino, 1977, p. 33.

<sup>7</sup> Cf. LA PENNA, op. cit., p. 235.

<sup>8</sup> Cf. PROP. 1.8A. 1-8.

<sup>9</sup> Cf. PROP. 1.8A. 9-16.

<sup>10</sup> Cf. PROP. 1.8B. 17-26.

que dedica habitualmente a todos sus rivales, más o menos imaginarios, en el amor de Cintia. Descubrir estas maldiciones mediterráneas —de influencia epigramática— es un incentivo añadido a la lectura de nuestro poeta. No entraremos en este juego, por más que se lo recomiendo al lector para descubrir a un joven impulsivo, *naïf* y descarado, que subyace en la obra. Véase, a título de ejemplo programático, el final del poema 20 del libro tercero. Cintia ha sido abandonada por quien sustituyó a Propercio poco ha. El poema ha comenzado con los consabidos exordios<sup>11</sup>; sigue la oferta de reconciliación<sup>12</sup>; pero la maldición queda en el aire para quien traicione la *fides*:

Illi sint quicumque solent in amore dolores,  
et caput argutae praebeat historiae,  
nec fletu dominae patefiant nocte fenestras.  
semper amct, fructu semper amoris egens. (3.20.27-30)

El mal de amores, la mala fama, la indiferencia de la amante y el deseo nunca complacido —digno de Tántalo o de Sísifo— son una buena selección de tormentos a desear.

El lector no sólo descubrirá la amplia serie de desgracias que el poeta es capaz de imaginar para los infieles; descubrirá también que los infieles no son los más culpables — por más que la *fides* preside su intención<sup>13</sup>— ni el único objeto posible de sus deprecaciones. Propercio confiere mayor responsabilidad a las razones que conducen a la infidelidad y a las personas o situaciones que la fomentan, como veremos enseguida.

No podemos por menos de aludir a lo dudoso de que haya voluntad destructiva en Propercio y a la constante presencia de un sentido del humor que matiza sus más primitivos estallidos y sus más íntimos dolores. En palabras de J.P. Boucher, «L'humour est la masque de la sensibilité et son expression détournée, c'est une forme de poudeur et de politesse; Properce n'est pas un brutal, c'est une âme comprehensive et l'humour est la forme subtile de l'expression de la douleur; sous le jeu littéraire transparait le sentiment, la douleur de la separation et de la trahison»<sup>14</sup>.

Entre ese humor y celos semejantes, con vocación helenística y vena epigramática, Propercio va dejando tras de sí algunas migajas espontáneas para que el lector dé con él cuando se sienta perdido —tal vez como el poeta— en los excesos formales. Como ese *pereat!*, que motiva estas líneas entre el método filológico y la fascinación de lector; una expresión que

<sup>11</sup> Cf. PROP. 3.20. 1-6.

<sup>12</sup> Cf. PROP. 3.20. 7-24.

<sup>13</sup> Cf. J.P. BOUCHER, *Études sur Propertius. Problèmes d'inspiration et d'art*. Ed. E. de Boccard. Paris 1980. p. 87 s.

<sup>14</sup> Cf. BOUCHER op. cit. p. 430.

surge de la pluma de Propercio en algunas situaciones y cuya observación pudiera no ser insubstancial.

Cuando Propercio dedica a Volcacio Tulo –o a un sobrino de éste, tal vez– el sexto poema del *monobiblos*, se apresura a afirmarle la confianza que le ofrece viajar en su compañía, mas declina hacerlo en nombre del amor que retiene al poeta junto a su amada, y también por miedo a los ruegos, las carantoñas o las amenazas alternativas que ella usaría para retenerle<sup>15</sup>. No ceder sería un pecado imperdonable de desidia y cualquier cosa puede ser aplazada excepto, al parecer, el amor obligadamente apasionado. Y Propercio deja ir su primer, y diría que más profundo, *pereat!*:

a pereat si quis lentus amare potest! (1.6.12)

Es una maldición que debe interpretarse como genérica, creemos –a pesar de que *potest* esté formulado en indicativo–, y se la dedica precisamente a los *lenti*, adjetivo que adquiere connotaciones negativas en sus poemas cuando se aplica a los amantes. Es una imagen de pasividad, cuyo uso positivo, la dulzura o la tenacidad es en Propercio excepcional, como en:

Mecum habuit positum lenta puella caput. (2.14.22)

Hasta tal punto es así, que sólo en una ocasión acepta el poeta que se pueda ser *lentus* y amar:

nunc, Pari, tu sapiens, tuet Menelae, fuisti:  
tu quia poscebas, tu quia lentus eras. (2.3.37-38)

Pero está pensando en recuperar o en mantener a Cintia, como sea. No hace falta dedicar mucho espacio a razonar que un mediterráneo temperamental como Propercio prefiere parecerse a Paris que a Menelao, el cual sólo aparece citado dos veces y las dos como víctima paciente<sup>16</sup> frente a las seis referencias a Paris, *play boy* afortunado del universo properciano<sup>17</sup>.

Por otra parte, no es cosa vana observar que en el libro cuarto, donde Propercio se esfuerza en demostrar que ha superado su *furor*, usa el término *lentus* en imágenes tópicas bucólicas como *...pastoris...lenti*<sup>18</sup>;

<sup>15</sup> Cf. PROP. 1. 6. 5-11.

<sup>16</sup> Cf. PROP. 2.3 37 y 2.34 7.

<sup>17</sup> Cf. PROP. 2.3 37; 2.15. 3; 2.32. 35; 3.1. 30; 3.8A. 29; 3.13. 63.

<sup>18</sup> Cf. PROP. 4.10. 29.

...uada lenta<sup>19</sup>; o épicas, como ...lento murmure<sup>20</sup>; o ...pondera lenta<sup>21</sup>, unas y otras al uso virgiliano.

A Propercio le gusta el amor agitado, sin duda, y en ello se recrea en el poema octavo de su libro tercero, dedicado a exaltar con entusiasmo una memorable y erótica bronca cuyas imágenes bordean el sadomasoquismo, y cuya moraleja formula con claridad:

non est certa fides, quam non in iurgia uertas:  
hostibus eueniat lenta puella meis. (3.8.19-20)

Ser *lentus*, pues, llega a ser incompatible con la *fides*. Los *lenti* reflejan el amor pasivo, sólo aceptable temporalmente como signo de sometimiento<sup>22</sup>, un sentido diferente al que glosa Tibulo:

Heu, heu, quam Marathus lento me torquet amore!<sup>23</sup>

Esta laxitud estética del amor contemplativo, de resonancias virgilianas<sup>24</sup>, allí vagamente ambiguo, y homosexual sin ambages en Tibulo, sólo puede aceptarse, para Propercio, ante la amante dormida<sup>25</sup>, que puede, no obstante, reclamar de inmediato sus derechos<sup>26</sup>. *Lentus* es, en definitiva, un reproche femenino al amante que demora el nuevo envite:

...Sicine, lente, iaces? (2.15.8)

O que no asistió a la cita:

Irascor quoniam es, lente, moratus heri. (3.23.12)

Cuando Propercio llega a maldecir la pasividad en su primer *pereat* está poniendo un límite a la relación amorosa, el primero de los pilares que la sustentan: el amor debe ser activo y ambos amantes, sujetos agentes.

<sup>19</sup> Cf. PROP. 4.11. 15.

<sup>20</sup> Cf. PROP. 4.4. 10.

<sup>21</sup> Cf. PROP. 4.1. 100.

<sup>22</sup> Cf. PROP. 2.14. 22.

<sup>23</sup> Cf. CORP. TIB. 1.4.81. E. OTÓN traduce: «¡Ay, ay, con qué suave pasión me atormenta Marato!» Valga recalcar que la palabra «suave» que utiliza el profesor Otón y su lugar en el texto, abarca en español certeramente la imagen de «laxitud» a que nos referimos y no sólo el de «dulzura» que la lengua española abona con mayor frecuencia. En este sentido, *lento... amore* sería la actitud de Marato en el amor y no necesariamente la forma de amor que sentiría el poeta por él. Tibulo, Erasmo, Bosch, Barcelona 1983.

<sup>24</sup> Cf. VIRG. Egl. 1.4.

<sup>25</sup> Cf. PROP. 1.3. 1 s.

<sup>26</sup> Cf. PROP. 1.3. 35 s.

Un buen día, Cintia se fue a Bayas, o pensó en irse, o Propercio la soñó allí, ¡Qué más da! Y surgió el poema once del *monobiblos*. Bayas no es el lugar donde un hombre celoso querría imaginarse a su amante, sola. Y Propercio ya hemos dicho que debía serlo a niveles destacables<sup>27</sup>, por más que el poeta lo sabe mejor que nadie:

...timidus sum, ignosce timori. (2.6.13)

El caso es que Bayas gozaba de una envidiable mala fama entre la sociedad frívola de la época, como lugar adecuado para encuentros ocasionales, tanto como lo era por su prestigiosa estación de descanso y sus manantiales de aguas sulfurosas. Baste saber que Ovidio la recomienda a los lectores como escenario idóneo para aplicar sus consejos magistrales<sup>28</sup>. Propercio la cita entre otros puntos negros que provocan crisis conyugales, como Preneste, Tibur o Lanuvio<sup>29</sup>, aunque es Bayas el nombre que simboliza sus inquietudes, tal vez por ser el primero, tal vez el más famoso. El citado poema 1.11 se inicia con una elegancia arrogante y erudita en referencias mitológicas, para pasar a preguntarse con literaria inquietud si ella pensará en él. Las imágenes bucólicas, preñadas de sensualidad en principio, se salpican progresivamente de indicios de celos y de justificaciones hasta que declara:

tu mihi sola domus, tu, Cynthia, sola parentes,  
omnia tu nostrae tempora laetitiae. (1.11. 23-24)

O sea, que Propercio identifica su exigente *fides* con lugar, tiempo y compañía exclusivos. Es decir, no hay más lugar feliz que aquél que alberga a dos amantes; no más tiempo que el que viven dos amantes; no más personas felices que ellos dos. En la fidelidad properciana, tres es multitud. Él no quiere dudar<sup>30</sup> —y ya había pedido perdón por sus sospechas—:

...culpa timoris erit (1.11.20)

Mas el estallido llega irremediable:

A pereant Baiac, crimen amoris, aquae! (1.11.30)

<sup>27</sup> Cf. r. 5.

<sup>28</sup> Cf. OVID. A.A. 1.33 s.

<sup>29</sup> Cf. v.g.: PROP 2.32. 4 s.

<sup>30</sup> Cf. PROP. 1.11. 17-18.

Las famosas aguas medicinales –metonimia del lugar de riesgo–, ay, son contraindicadas en el mal de amores. Los lugares que ofrecen ocasiones de conocer gente nueva son enemigos de los amantes y causan los celos. Para evitar encuentros o citas, Cintia le previene contra algunos lugares más, como el pórtico de Pompeyo, el foro, el teatro... las calles incluso<sup>31</sup>, escenarios ideales para el encuentro fortuito a la ovidiana. Evidentemente el poeta pone en boca de una mujer, como en otros casos, sus propias obsesiones<sup>32</sup>.

Si el primer *pereat!* había sido dedicado a la actitud, al sujeto, el segundo estallido de ira se dedica al lugar, a la ocasión, cuya representación paradigmática asume Bayas.

Propercio siente un atractivo especial por la imagen de la muerte, cuya meditación «...è radicata per Properzio nell'esperienza dell'eros», en palabras del profesor La Penna<sup>33</sup>, el cual puntualiza más adelante que el poeta «...ha sentito nella fine della vita solo la fine dell'amore»<sup>34</sup> y, por ende, «...la morte si affaccia come l'ultima liberatrice sicura dalla sofferanza e dela vergogna»<sup>35</sup>. Esta complacencia en la imagen de su muerte le inspira con frecuencia<sup>36</sup>. Con no poca razón y un cierto sentido del humor, Theodore D. Papanguellis llega a afirmar: «As long as death is perceptible by the senses (in the form of an opulent, erotic funeral, in the form of a beautiful dead body, or even in that a scenic tomb), he can make exquisite and thrilling poetry of it; his poetry thrives in concret form. As soon as death becomes an idea with time-honoured moral philosophical implications instead of some formal embodiment, he is apt to slump into vapidty»<sup>37</sup>.

Pues bien, en el poema diecisiete de su primer libro, Propercio se imagina haber huido. Dice hacer puesto un mar –un intento de olvido tal vez– entre él y su amada. El naufragio ha sido su castigo. Se ve a sí mismo muerto. Goza de la imagen de su propio cadáver y se recrea en ella. Puede que el mar le haya sometido a su venganza por osar surcarlo, y se lo merece:

Et merito, quoniam potui fugisse puellam! (1.17.1)

<sup>31</sup> Cf. PROP. 4.8. 75 s.

<sup>32</sup> Cf. v.g.: PROP. 1.3; 4.3; 4.7; 4.8; etc.

<sup>33</sup> Cf. LA PENNA op. cit. p. 158.

<sup>34</sup> Cf. LA PENNA op. cit. p. 159.

<sup>35</sup> Cf. LA PENNA op. cit. p. 163.

<sup>36</sup> Cf. PROP 1.19.20; 2.1.74; 2.8.27; 2.13.22 y 50; 3.16.22; 3.21. 34; etc.

<sup>37</sup> Cf. PAPANGUELLIS, *Propertius, an helenistic poet of love and death*. Cambridge University Press. 1987. p. 76.

Igual que su colega Horacio<sup>38</sup>, Propertio teme al mar y sólo se refiere a él como lugar de muerte, inevitable sepulcro<sup>39</sup>, como escenario de triunfos militares o ruta para que lo alcancen el César o sus caudillos<sup>40</sup>, o como hipóbole de extensión, poder o lejanía<sup>41</sup>. En 1.8, ya había mostrado su alarma por el riesgo que correría Cintia si ponía mar de por medio, y en 2.26b, era ella la protagonista del naufragio soñado. Pero, en realidad no es el mar la cuestión. Es la ambición de los hombres lo que impele a viajar sobre él, la verdadera culpable. El mar no agrede; simplemente engulle a quien comete la osadía de cruzarlo, excepto si va en nombre del divino César o es él en persona. El mar no consiente ser surcado. Alguien inventó la navegación y el instrumento impío que viola los mares y separa a los amantes. Y a este hipotético, pero subyacente, modelo y colaborador se dirige la nueva deprecación:

A pereat, quicumque ratis et uela parauit  
primus et inuito gurgite fecit iter! (1.17.12-13)

Realmente, el mar es, como mucho, la ocasión y, de todas maneras, no va a maldecir el poeta a una divinidad mayor. El gran separador es quien hizo fabricar una nave.

Malditos quedan primero los que no saben amar; segundo, los lugares; los modelos y colaboradores, después. Y no tardaremos en ver que las actuaciones obstaculizadoras no es preciso que sean tan grandes como el mar para ser malditas. Hay obstáculos definitivos tan pequeños como una puerta, tan sutiles como un rito, tan engañosos como el vino.

Propertio refleja en su obra muchos momentos de desmoralización, sufre abundantes crisis depresivas. Destacan algunas temporadas en que Cintia no le es lo propicia que él desearía, que no está por la labor exclusiva de la mutua consunción. En el poema veintitrés del segundo libro está pasando una de esas temporadas de separación. Está desorientado, debe usar artimañas, intermediarios, incluso esclavos<sup>42</sup>, para entrar en contacto con ella: labor hercúlea<sup>43</sup>.

Cuando el contacto se va a lograr, el poeta se siente maltratado por todos. Ella espera regalos. Los encuentros son furtivos y arriesgados. Algo se interpone y no tan sólo esa puerta cerrada que había puesto por

<sup>38</sup> Cf. MARTÍNEZ, L., *Mar i mort a Horaci*, p. 142 s. Tesina de licenciatura inédita. U A B Dpto. Filología Clásica.

<sup>39</sup> Cf. PROP. 2.15. 44.

<sup>40</sup> Cf. PROP. 3.3. 24; 3.4. 2; 4.6. 39 y 48; etc.

<sup>41</sup> Cf. PROP. 2.18B. 34; 2.26B. 52; etc.

<sup>42</sup> Cf. PROP. 2.23. 3.

<sup>43</sup> Cf. PROP. 2.23. 7-8.

testigo de sus velas implorantes, como hicieran también sus contemporáneos a la moda helenística<sup>44</sup>. Ciertamente es que las puertas le son pocas veces propicias —especialmente en la forma *ianua*— y obstaculizan recalcitrantes su amor<sup>45</sup>. Para colmo, se abren para otros<sup>46</sup>; o si para él, pocas veces y a escondidas<sup>47</sup>. La puerta es algo así como la frontera entre el amor y el desamor. Son amantes quienes están al mismo lado de la puerta, los que comparten un lugar exclusivo, como decíamos líneas más arriba. A diferencia del mar, que no debe ser cruzado, la puerta puede ser hasta cómplice. Basta con que permanezca abierta. Si se cierra es que alguien la guarda. A veces, la propia amante; a veces un guardián o una alcahueta. Ese alguien, que colabora en dar a la puerta un uso indebido al cerrarla —con un amante a cada lado—, es objeto de deprecación:

a pereant, si quos ianua clausa iuuat! (2.23.12)

En este caso, la deprecación podría caer sobre la propia amante, con gran perjuicio de la relación. La sola posibilidad de que una amante pueda valerse de obstáculos —cerrar la puerta— para hacerse desear, más aún, para obtener regalos, la deprecia; la hace menos apetecible que una vulgar meretriz<sup>48</sup>, porque ellas saben lo que ofrecen y no engañan.

El egoísmo de la amante que pide regalos —o cierra una puerta— adoptando la postura de obstaculizador de la relación amorosa, le atormenta especialmente porque Cintia no le acepta a su lado —cierra regularmente la puerta— cada vez que asume hábitos célibes, según la moda religiosa importada de Egipto<sup>49</sup>. La deprecación es inmediata:

atque utinam pereant, Nilo quae sacra tepente  
misit matronis Inachis Ausoniis! (2.33A.3-4)

Cintia celebra ritos que impiden el amor: pues la deprecación ha de afectar hasta a la mismísima religión; foránea, eso sí, que unos ribetes xenófobos no tienen por qué poner en cuestión su respeto a los *mores*. Y eso que la estética de los actos litúrgicos le seduce<sup>50</sup>. Ahora bien, un rito que se opone al amor debe ser condenado. Si bien el hecho de que estos ritos fueran de importación egipcia, le permite no dudar demasiado en condenar un acto religioso; alguna otra costumbre de Cintia puede ser aún más irritante, como beber.

<sup>44</sup> Cf. PROP. 1.16; TIB 1.2.5; CAT. 77; HOR, Od. 3.10; OV. *Am.* 1.6.

<sup>45</sup> Cf. PROP. 1.16. 17; 1.16. 36; 2.20. 23; 2.23. 12; 3.25. 12; 4.9. 62; 4.11. 2.

<sup>46</sup> Cf. PROP. 2.16. 6.

<sup>47</sup> Cf. PROP. 2.9. 42; 2.20. 23.

<sup>48</sup> Cf. PROP. 2.23.13 s.

<sup>49</sup> Cf. PROP. 2.33A. 3-4.

<sup>50</sup> Cf. v.g.: 3.1; 4.1.; 4.6.; 4.8.

Tras las prácticas religiosas, el vino es el nuevo enemigo del amor, que distrae de vez en cuando la atención de Cintia. Propercio le tiene un cierto miedo al vino. Teme sus efectos, que conducen a la violencia<sup>51</sup>; que afean y envejecen<sup>52</sup>, pero no a Cintia<sup>53</sup>; inducen a la indiferencia<sup>54</sup> y a la locura<sup>55</sup>. Pueden inspirar incluso la temida traición<sup>56</sup>. El vino puede ser un vicio, si se convierte en hábito, capaz de afirmar un carácter despreciable, sobre todo en una mujer<sup>57</sup>.

El vino, empero, sugiere imágenes estéticas, reflejos y colores<sup>58</sup> y no deja de ser un grato símbolo de la intelectualidad *bon vivant*, al uso horaciano, que se toma una muelle copa a la sombra cabe el Tiber<sup>59</sup> y prefiere –no sin razón– una buena melopea a ir a la guerra<sup>60</sup>.

En cualquier caso no hay por qué no dedicarle a Baco una hermosa y cinica loa<sup>61</sup>, más aún cuando las costumbres romanas nada hallan deshonesto en el vino<sup>62</sup>, el cual puede ser apropiado en ocasiones<sup>63</sup>. La situación frente al vino es, pues, necesariamente ambigua en la poesía de un romano de su tiempo.

Pero el vino distrae a Cintia de su amor hasta el punto de interponerse entre ella y el poeta. También en este caso, como el mar –y también ligado a la divinidad– o como la puerta, el vino es inocente y el pecado es malusar la vid. Alguien lo inventó como droga y lo mezcló con agua, según la costumbre de la época, para beberse. Aquí los celos nublan al poeta, que roza el riesgo de estar maldiciendo a una divinidad y además se contradice con su actitud general según comentábamos líneas antes. Pero le puede su indefensión ante el poder de la droga, que le separa de su amada, y exclama:

a pereat, quicumque meracas repperit uuas  
corruptique bonas nectare primus aquas! (2.33b.26-27)

Al final del libro segundo, Propercio había dejado escapar la forma *pe-reat* (y variables), ya fuera para marcar las reglas de la actividad amorosa

<sup>51</sup> Cf. PROP. 2.2.10; 2.33. 31-32.

<sup>52</sup> Cf. PROP. 2.33.33.

<sup>53</sup> Cf. PROP. 2.33.36.

<sup>54</sup> Cf. PROP. 2.33.34.

<sup>55</sup> Cf. PROP. 4.2.30.

<sup>56</sup> Cf. PROP. 2.34A.22.

<sup>57</sup> Cf. PROP. 3.11.56.

<sup>58</sup> Cf. PROP. 1.14.12; 4.6.86.

<sup>59</sup> Cf. PROP. 1.14.1 s.

<sup>60</sup> Cf. 2.15.41 s.

<sup>61</sup> Cf. PROP. 3.17.

<sup>62</sup> Cf. HOR *Od.* 3.21.11-12.

<sup>63</sup> Cf. TER, *Eunuch* 4.6.

o las de la constancia espacial y temporal, que había de ser sin obstáculos físicos —ni mares, ni puertas—, sin obstáculos religiosos, ni alteradores del carácter, como el vino. En el libro tres, vuelve a maldecir la falta de dedicación al amor.

Hay dos tipos de hombres: los amantes y los soldados. Él ya había elegido su papel —aplaudir a los soldados junto a una hermosa compañera<sup>64</sup>—, cuando profiere su nueva deprecación, por más que lo ha repetido o insinuado varias veces desde que le dijo a Tulo que no le acompañaría. Pues bien, en la loa a Elia Gala, fiel a Póstumo mientras espera su regreso, Propertio formula una nueva deprecación, esta vez contra los militares, que prefieren la guerra al amor:

si fas est, omnes pariter pereatis auari,  
et quisquis fido praetulit arma toro! (3.12.5-6)

La guerra es, ya por fin, contraria a la *fides*, cuya virtud queda asumida por Elia Gala en el último verso del poema. No se trata de todos los *auari*, cuyo sentido es bien ambiguo en Propertio; *auarus* es el que posee obsesivamente y puede tener un sentido erótico cuando un amante considera al otro el mejor de los bienes que posee<sup>65</sup>, o morboso, como el fuego que posee los cuerpos que devora<sup>66</sup>; o es el que cuenta dinero<sup>67</sup>. La deprecación se dedica a la avaricia bélica, a quienes aman más la guerra que a su amada. En realidad su compromiso es con las armas.

El poeta usa, sin duda, variables sinonímicas, siempre atenuantes, pero eso es otra historia. Ni siquiera es esencial si esa muerte deseada es literal —no vivir— o metafórica —no amar—, o si se desea un alejamiento entre amantes y obstaculizadores.

Sólo se destaca el uso de este *pereat!*, que no quisiera, el que firma, suponer condicionado estrictamente por patrones métrico-estilísticos, para poder seguir leyendo a los poetas latinos, sino por una reacción refleja ante determinadas interferencias al amor, físico y constante, que Propertio quiso vivir. Es decir, la reacción ante las situaciones que no pueden combatirse con una caricia o una sonrisa. Sólo se destaca ese *pereat!*, que iguala en su condena a los indolentes y a los soldados; que convierte la milicia en una excusa más para no amar, como lo son los viajes, las malas ocasiones, las puertas cerradas, las distracciones —incluso religiosas— o drogarse más de la cuenta.

Este *pereat!*, probablemente por falta de amor, no se le escapó en el libro cuarto.

<sup>64</sup> Cf. PROP. 3,4.

<sup>65</sup> Cf. PROP. 1.8B. 38.

<sup>66</sup> Cf. PROP. 2.28C. 56.

<sup>67</sup> Cf. PROP. 3.23. 19.